

Como ya he confesado, uno de los efectos de mi estado o «condición» de Ginebra fue la disminución considerable de mi deseo sexual. Descubrir que, al comienzo de mis treinta años, y generalmente en la primavera, con frecuencia perdía mucho de mi aliciente y entusiasmo por la relación fundamental entre hombre y mujer fue, tal vez, el síntoma aislado que más me alteró de todos. Hasta que yo me enteré por el doctor Wissmer —el hombre que primero me sugirió que había «algo eléctrico» en el aire de Ginebra— que yo era precisamente una de las muchas víctimas del Foehn, no me di cuenta que mi deseo sexual disminuía sólo cuando llegaba el Foehn. También empecé a preguntarme hasta qué grado juega el efecto de los iones una parte en las relaciones personales. Juntamente con Masters y Johnson, y una gran cantidad de especialistas en sexo, he creído durante mucho tiempo en la verdad del antiguo dicho: «Si el dormitorio de una casa no respira felicidad, entonces ninguna habitación la tiene». Yo pertenezco a esa generación que, abrumada por un abandono de antiguas

moralidades y por un sorprendente ritmo de cambio de todas las cosas, algunas veces parece incapaz de practicar la vida en común normal en casa, entre marido y mujer. Como la mayor parte de los hombres de mi edad, claramente afortunados y boyantes, veo que muchos de mis amigos y colegas ya se han separado de sus primeras mujeres, o bien confiesan en privado que están casados, pero que son desgraciados en su matrimonio. Y una de las quejas más corrientes que escucho tanto de hombres como de mujeres es que en sus matrimonios sus deseos sexuales fueron o son insatisfactorios. Hay muchas posibles explicaciones, no siendo la menor de ellas la de una nueva sinceridad sobre el sexo y, debido al movimiento de liberación, estar al tanto las mujeres de su propio potencial sexual, juntamente con la exigencia de verlo satisfecho. Incluso así, ¿puede, lo que parece ser una insatisfacción ampliamente extendida, estar relacionado con lo que descubrí sobre los niveles perjudiciales de iones, y los desequilibrios también perjudiciales, en ese mundo de las ciudades, en el que la mayoría de nosotros vivimos?

Obviamente, los niveles de los iones en el aire han de surtir un efecto sobre nuestras vidas, cuando somos muy sensibles a los citados iones. Si se sufre un ataque de asma o de jaqueca, no es probable que se sientan impulsos sexuales. Si uno se siente por debajo de su estado normal, infeliz, en estado de tensión y ansiedad —y tal vez preocupado por no hallar una explicación racional para tales sentimientos—, entonces, tanto si es hombre como mujer, no es probable que tenga grandes deseos de andar con juegos en la cama. La supervivencia es, de todos, el instinto más fundamental, y si su salud parece mala, el segundo deseo más poderoso —el sexual— es lo más destacable en el sufrimiento. Yo aprendí del doctor Wissmer que había mucha gente en Ginebra que padecía de esta forma, si bien señaló que muchos de ellos, actuando casi con pánico, realmente soñaban con relaciones fuera de sus matrimonios, debido a que «un nuevo romance» reavivaba su lánguido interés en materia sexual, al menos por una temporada. En mi propio caso, siempre observé que mi deseo

sexual se avivaba cuantas veces dejaba Ginebra, si bien, y con franqueza, todavía no estoy seguro de cuánto de ello se debía al estímulo de los nuevos ambientes y de la gente, y cuánto estaba relacionado con encontrarme yo mismo en un medio ambiente de iones más saludable.

Pero con seguridad, este argumento puede aplicarse a casi todo el mundo. Después de todo, aunque el 25 por ciento de la población parece no verse afectado en absoluto cuando se altera el medio ambiente de los iones, todavía queda el 75 por ciento entre los humanos que, más o menos se ven afectados, incluso aunque no sean sensibles a los iones como los que lo somos, o como los que son sensibles a los cambios atmosféricos. Si un hombre o una mujer que viven en una atmósfera urbana, que generalmente está escasa de iones, también permanecen un día de trabajo en un edificio con calefacción o aire acondicionado, donde la escasez masiva de iones y el envenenamiento de los iones positivos son por ello mucho peor, entonces, él o ella terminan el día cansados, fácilmente irritables, e indispuestos. Esa persona no es probable que pueda estimularse ni estimular sexualmente. Una persona que ha gastado toda su vitalidad corporal haciendo frente al medio ambiente en el lugar de trabajo, no es probable que le haya quedado mucha energía para el dormitorio.

Una mujer muy hermosa que yo conozco en Zurich me contó en cierta ocasión, en un momento de desconcertante franqueza, que el Foehn le hacía perder todo su interés en materia sexual y que, cuando soplabá, siempre se las arreglaba para que su marido se fuera a la cama el primero. A continuación ella se iba al baño, y esperaba detrás de la puerta hasta que le oía comenzar a roncar. «Algunas veces él se despertaba temprano por la mañana, y entonces yo hacía gestos y le aguantaba —me dijo—. No quiero convertirme en una de esas esposas que están siempre alegando un dolor de cabeza; pero cuando hay Foehn, me resultan simpáticas. Toda mi energía se queda minada, y me siento tan por debajo de lo normal que todo cuanto puedo hacer es mantenerme viva desde que comienza el día hasta que acaba». Nunca

se puede estar seguro de tales cosas, pero dejando el Foehn a un lado, me atrevería a asegurar que esa pareja en particular probablemente disfruta una de las relaciones conyugales imaginables más activas y saludables.

Una vez seguí la pista y pregunté a un gerente de ventas de suministros de edificios, que vivía cerca de Lugano, y cuya firma había dotado, hacía seis meses, toda sus oficinas de generadores de iones negativos puestos sobre las mesas. Sencillamente, quería preguntar qué efectos —si es que los hubo— había apreciado desde que instaló el equipo. Era un hombre pensativo y tranquilo, en nada parecido al tipo clásico de hombre de ventas extrovertido y campechano, quedándome, por tanto, muy sorprendido cuando me respondió al instante: «Bueno, el efecto mayor ha sido en mi vida sexual; a mi mujer le encanta». Continuó explicando que, después de la instalación del ionizador, se sintió con más energías y activo, y dado que pasaba parte de la semana conduciendo, para ver a sus clientes, había instalado después un pequeño ionizador en su coche. En seguida, también instaló uno en casa, en el dormitorio. «No quiero decir que me haga algo físicamente, pero con seguridad me da más energía. Acostumbraba a llegar a casa habiéndome movido mucho, demasiado cansado para hacer otra cosa que comer y sentarme a abstraerme con la televisión. Pero ahora me siento con muchas más energías. Salimos más, y a mi mujer le gusta, y no me siento tan cansado cuando nos acostamos, y... bien, como le dije, ha contribuido mucho en mi vida sexual, y eso significa que también sirve de ayuda a mi matrimonio.»

De todo esto fácilmente puede deducirse que la ionización insana puede, al menos, surtir algún efecto secundario sobre nuestras vidas sexuales, porque los males y los estados físicos directamente causados por el envenenamiento de los iones positivos es probable que nos hagan sentir menos interés en los asuntos de tal índole. Pero es muy evidente que las dosis excesivas de iones positivos también afectan a las partes del cuerpo que están directamente relacionadas con la actividad sexual.

Uno de los primeros experimentos del doctor Krueger comprendió gusanos de seda. Observó que, en determinadas concentraciones de cualquiera de los iones, las larvas se hacían adultas antes, y que las adultas se unían antes de lo corriente. No haré uso de mediciones específicas, ya que son desconcertantemente científicas, pero los iones realmente aumentan el ritmo de desarrollo de las larvas. Los gusanos de seda también produjeron almendras de seda más hermosas y abundantes, habiéndose puesto este descubrimiento en uso en Japón, comercialmente, ya que los generadores de iones negativos se utilizan en los establecimientos dedicados a la obtención de seda, con la finalidad de conseguir gusanos de seda «sexy».

R. Gualtierotti, director del Research Center of Medical Bioclimatology, en la Universidad de Milán (Centro de Investigación de Bioclimatología Médica) llevó a cabo experimentos con ratones, siendo uno de los resultados que, tanto machos como hembras, alcanzaron la madurez muy rápidamente en aire negativamente ionizado. Siendo ya adultos, los ratones hembras fueron mucho más fecundos de lo normal. Posteriormente escribió en el *Aeroionotherapy Journal* («Terapia de los iones en el aire»), publicado por la prestigiosa Carlo Erba Foundation: «Muchos autores han observado un aumento de la actividad sexual del hombre, como resultado de su exposición a los aeroiones. Esto se ha confirmado por una serie de experimentos sobre animales, viviendo en un medio ambiente de aire negativamente ionizado, por procedimientos artificiales. El examen histológico de los testículos y ovarios de los animales, expuestos a elevadas concentraciones de iones negativos durante noventa y seis horas, muestra un estímulo claro del proceso de maduración de un gran número de células». Más sencillamente expuesto, Gualtierotti cree que un predominio de los iones negativos estimula la actividad sexual, y tiende a que los hombres sean más fértiles y las mujeres más fecundas.

El hecho de que los iones negativos tengan un efecto masivo sobre los testículos de los animales, probablemente tiene algún sentido sobre los dos problemas principales sexuales del hombre: la eyaculación

prematura y la impotencia ocasional. Si los iones negativos estimulan la actividad de nuestros órganos sexuales, entonces es probable que el envenenamiento de los iones positivos pueda producir el efecto contrario.

En las mujeres, los órganos reproductores está demostrado que se ven afectados por los iones. Ya hemos visto que la luna llena produce un aumento de la ionización positiva y que, al mismo tiempo, induce al nacimiento del niño, si el embarazo está a punto de terminar. Pero Félix Sulman, en Jerusalén, ha demostrado una conexión más directa entre iones, la producción de serotonina, y los órganos reproductores de la mujer.

El trabajo del doctor Sulman como hombre de ciencia en cuanto a los iones se refiere comenzó debido a que el departamento del hospital universitario de ginecología necesitaba estudiar el efecto de la serotonina en el parto; sólo con posterioridad vio que la producción de serotonina se estimulaba con los iones positivos. Uno de los primeros pasos de Sulman fue tratar de hallar el papel que la serotonina representaba en los cuerpos de las mujeres conocidas como «habituales en tener abortos» —esto es, mujeres que han intentado, y fallado, repetidamente llevar en su seno un niño durante nueve meses completos. Al principio hizo el experimento con ratas, y observó que las que estaban preñadas abortaban si se les inyectaba serotonina. A continuación solicitó y obtuvo de veinte mujeres permiso para tener abortos legales, proporcionándoles drogas que, artificialmente, causaron en sus cuerpos la producción de una dosis excesiva de serotonina. En cada caso, esta producción excesiva de serotonina produjo un aborto; habiendo visto su punto de vista de que, tal vez, era la causa de los continuos abortos en mujeres que realmente querían tener hijos. Por tanto, y entre finales de 1950 y comienzos de 1960, trató a más de cien mujeres «que habitualmente abortaban», dándoles drogas, las cuales bloqueaban o impedían el proceso natural de la producción de serotonina. Surtió efecto. Casi todas las mujeres que, repetidamente, intentaron y fallaron ser madres, dieron a luz niños sanos.

La producción en exceso de serotonina fue causada sólo y ocasionalmente, mediante el envenenamiento de los iones positivos debidos al Sharav. En la mayor parte de los casos no hubo explicación manifiesta externa para el hecho de que los cuerpos de las mujeres sencillamente produjeron más serotonina de la que sus sistemas reproductores podían soportar. En otros, el «stress» implicado al intentar tener hijos, y el temor al fracaso, pueden por sí mismos haber sido bastante para causar la producción excesiva de serotonina; es, después de todo, una neurohormona del «stress». En un, por otra parte, documento científico muy solemne, Sulman afirmó: «Nos hemos tropezado con doce casos en los que el régimen de recogida diaria de la orina [para probar el contenido de serotonina] fue suficiente por sí mismo para evitar la repetición del aborto debido a la serotonina. La razón de este éxito inesperado ha sido evitar la fricción o desavenencia con la familia, especialmente el marido. Cuando un agriado marido, que no estaba conforme con el embarazo, se le mantuvo ocupado recogiendo la orina de su mujer, midiéndola, rotulándola y llevándola al laboratorio, se identificó a sí mismo con los problemas de la mujer, y al participar en su zozobra, contribuyó decisivamente a la desaparición de los altos niveles de serotonina».

Después de tratar durante casi una década a las que «habitualmente abortaban», nuevas disposiciones en Israel prohibieron el uso de la droga específica que bloquea la serotonina, y que el doctor Sulman había usado en los casos de embarazo con tanto éxito. Sin embargo, durante una de mis recientes visitas a Israel, me dijo una tarde, completamente orgulloso: «Tenemos más de cien niños y muchachos producto de la serotonina en este país, los cuales jamás hubieran nacido de no haber hecho lo que hicimos».

Los pechos están directamente implicados en el proceso reproductor, pero son parte muy importante en nuestras vidas sexuales; y se ven afectados por los iones. Allá por 1927, un hombre de ciencia italiano, L. M. Spoiverini, informó que la ionización causaba un aumento «notable» en la secreción de la leche, tanto en las mujeres

como en los animales que acababan de tener descendencia. Más recientemente, los hombres de ciencia rusos, tratando a nuevas madres con iones negativos les ayudaban a dar leche a sus vástagos. Los doctores establecieron rápidamente un estudio sistemático del efecto de los iones negativos sobre la lactación en las mujeres, y vieron que las que normalmente tenían una abundancia de leche no se veían afectadas en gran manera, pero las mujeres que habían sido incapaces de alimentar a sus hijos con anterioridad a la terapia de los iones negativos, podían hacerlo después con toda facilidad. Como todo cuanto se relaciona con la investigación dentro del efecto de los iones, el descubrimiento ruso fue que los iones negativos tenían un valor distinto como terapia médica, en casos de anormalidad fisiológica, pero poco efecto en las personas normales y sanas, sin producir efectos perjudiciales en absoluto a nadie, tanto si se encontraba enfermo como si no.

Por los años 1950, un estadista británico introdujo nuevas leyes que eliminarían la mayor parte de los llamados delitos sexuales del código penal, con la frase, ya eterna: «El Estado no tiene lugar en los dormitorios de la nación». Ni yo, ni, más bien, mis comentarios. Pero tal vez sí lo tiene un generador de iones negativos. Vale la pena recordar, sin embargo, que la literatura científica incluye el caso informado de un hombre de noventa años, que se casó con una mujer joven, yendo a un balneario, en Yugoslavia, donde el cómputo de iones negativos es muy alto, y en el transcurso de la primera semana engendró a su hijo número veintiuno.